Por qué fui cadete naval

Alférez de Fragata
LUIS EDGARDO LLOSA GONZÁLEZ-PAVÓN
Publicado en la Revista de Marina en 1930. Edición: Marzo-Abril


Cadete Llosa.

Si se pudiera establecer una proporción que represente la aspiración profesional de la juventud de nuestra Patria, estoy seguro de que no se andaría lejos de la fórmula: 50: 20: 15: 10: 4: 1, en la que 50 sería el porcentaje de jóvenes que desean ser comerciantes; 20 el de los futuros abogados; 15 el de los ingenieros; 10 el de los médicos; 4 el de los militares y solo 1 el de los que aspiran a seguir la carrera del mar. Desde luego, es obvio considerar a aquellos que no aspiran a ser nada, acomodados burgueses los unos, sanguijuelas del Estado los otros y, de todos modos, escoria de la sociedad que piensa y labora. Es verdaderamente tan sensible como increíble, que siendo la Marina profesión tan antigua, cuyo origen habría que buscarse en la primera sociedad, estando, por esta misma razón, empapada de tradiciones, en las que el valor y la ciencia, la abnegación y el sacrificio andan de continuo unidos, pierda poco a poco la juventud de hoy su amor por ella, o desconozca su verdadera misión.

Es cierto que la Marina de nuestro siglo ¬–hablo de Marina en general y no me refiero tan solo a la nuestra– no es lo que fuera hace una centuria, ni aun hace cincuenta años. Apenas si en algún rincón de un puerto, se balancea, ya olvidada, alguna vieja fragata, de palos como cruces, mascarón grotesco bajo la lanza del bauprés, recio cordaje que el viento hace vibrar con sonoridades salvajes, como si fuera cuerdas de una gaita gigantesca, y marineros, toscos, fuertes y rudos como el mar. De aquella edad de los barcos de vela; de

marineros de rostro fiero y bronceado por el sol; de las naves gallardas, de velas blancas como plumón de ave; edad de piratas y de corsarios caballeros, de abordaje y de islas de tesoros; edad romántica y poética en fin, no queda sino el recuerdo.

Salgari, Pierre Loti, Prevost, Gómez Carrillo, Stevenson y cuántos otros más, han despertado en nosotros el encanto de lo desconocido, de lo exótico, y el amor al mar y a la profesión que a él conduce. ¿Quién puede negar el bien que la lectura de estos autores reportó a la juventud? Libros de aparente frivolidad y de mucha fantasía, ellos solos hicieron conocer con la imaginación –que es barca que todos los puertos alcanza– el mundo entero. Recuerdo que a los catorce años, ya conocía yo, como si realmente los hubiera navegado, todos los mares del globo; había visitado todos los puertos, y, de algunos lugares, guardaba tan fuerte impresión, que a veces dudaba si era el recuerdo que quedaba en mi espíritu de una vida pretérita, en que hubiera sido aventurero o pirata, o si era simplemente el puro concepto imaginativo que había conseguido con mis lecturas.

Con la imaginación surqué todos los mares; trepé las montañas más altas; me refresqué con el viento de las cumbres del Líbano; bajé a las profundidades del mar con Julio Verne, atravecé a lomo de dromedario los desiertos de Petréa y del Sahara con Pierre Loti, conocí el Egipto, y admiré la sonrisa enigmática de la Esfinge y la soberbia geometría de las Pirámides de los Faraones. Prevost me llevó a Turqía, y me extasié, con Loti, ante un atardecer en Estambul la encantada, cuando sus mezquitas y sus fantásticos minaretes parecen cálices de plata puestos de revés, y llega a los oídos, con una suave cadencia, la música lejana de la Oración de la Tarde, que, desde lo alto de su mezquita, desgrana un imán.

De mí podría decir que la primera llamada que recibí del mar, fue al finalizar uno de aquellos libros, y de ellos también el elevado concepto que me formé de los marinos.

Pasó el tiempo, y la verdad reemplazó a la fantasía, en el dominio de mis pensamientos. Como yo, cuántos no habrán llorado el derrumbamiento de sus sueños infantiles, y cuántos, también, no se habrán sentido admirados de todo lo que la ciencia y el esfuerzo del hombre ofrecen hoy a los románticos enamorados del Mar. Y, desde entonces, surgió en mí, brillante como una luz que se enciende de repente en las tinieblas, como un edificio hermoso que se levanta sobre las ruinas de una ciudad de papel, mi amor y fe en la Marina, que habrá cambiado en la forma, pero que en el fondo, en su verdadero espíritu,

sigue siendo la misma, esto es, carrera de sacrificio y de honor, que a muy pocos jóvenes les está dado seguir.

Si hay alguna carrera que signifique en todas las naciones del mundo fe inquebrantable en los destinos de la Patria, amor al trabajo y a la ciencia, por la ciencia y el trabajo mismo, renunciamiento voluntario a la esperanza de ser algún día rico, y a la holganza, lujo y placer que trae consigo el dinero, es la Marina.

Por remoto que sea el país y por atrasada su civilización, siempre los pueblos reconocen el verdadero valor del marino, sienten por él una extraña fascinación y no ignoran cuánto desprendimiento hay en su profesión. Si se me preguntara a qué deben los marinos esa nobleza de espíritu, ese increíble amor a su profesión y a sus compañeros, que hace de ellos como miembros de una sagrada logia, que no carece tampoco de ceremonias y ritos solemnes, diría, simplemente, que es producto del mismo mar que obra sobre sus espíritus y, a la manera de placas sensibles, les hace copiar su grandeza.

Porque nada hay más grande ni tan soberbiamente importante que el mar. Nada, tampoco, en el Universo, que se le parezca ni pueda comparársele. Extraño en su volubilidad, unas veces está tranquilo y plácido como una taza de leche, y otras enfurecido y temible como un Dios iracundo. A veces es el quieto rumor de las olas que blandamente van a morir en las arenosas playas, y otras el ruido espantoso de cien cataratas desbordadas del Infinito que llega envuelto entre olas altas como montañas y que rompen en la costa formando efervescentes espumas.

Pero para un marino, el mar es su cuna, su eterno y sincero amigo. Para un marino, el mar es algo más que una inmensa superficie líquida tendida entre dos tierras, es el ansia infinita de ser grande y de ser noble. Nada hay que sugestione tanto como la contemplación del mar. Los pueblos costeños aventajan a los del interior en la concepción de miras, en el ansia de progreso y de engrandecimiento. Cuando yo veo el mar, siento una infinita sensación de huida, de ser grande, de ir en busca de nuevos horizontes, y creo que no hay otra cosa que ayude más en la formación del carácter de los jóvenes que la vista del mar.

Yo no comprendo cómo la juventud inteligente puede mirar con indiferencia la carrera de marino. Si se la compara con cualquier otra profesión, salta a la vista que, aparte de la nobleza de su fin, de la originalidad de la vida, ninguna otra abarca, como ella, el resto de las profesiones. Tiene del ingeniero y del astrónomo la comunidad de estudios matemáticos, del militar la misión y educación para la Guerra, así como el estudio y manejo de las armas de

fuego; participa también, como ninguna otra, de las labores del mecánico y del electricista, y llega a veces hasta el terreno del letrado y del médico. Por lo demás, los viajes al extranjero y el trato casi constante con hombres de otras naciones, dan al marino una cultura general que solo difícilmente se puede conseguir en tierra. Ysi a esto se añade, el natural misterio e ignorancia que, lógicamente, existe en tierra por todo lo que se relacione al mar, vemos que la Marina debería tener poderosos incentivos para atraer a los jóvenes a sus filas.

¿Qué cosa se pide en cambio de todo este caudal de conocimientos y oportunidades que la Marina ofrece a quienes desean seguir la carrera? He aquí la respuesta: sentimiento profundo del deber, fidelidad a su profesión y a sus tradiciones, bondad con sus semejantes y, sobre todo, veracidad inquebrantable. No considero ni hago mención del valor ni del arrojo, porque son cualidades innatas del marino: *Marem non voluitstultum*. El mar no quiere cobardes.

Existe en el Perú una Institución a la que está encomendada la difícil tarea de crear esta clase de hombres, educándolos en la más pura escuela de desinterés, abnegación y patriotismo; una Institución que nada tiene de común con las que más se le parecen; primera en el esfuerzo, primera en el ideal, y primera en la santa misión de *educar jóvenes para su Patria*.

¿Sabéis cómo se llama? La Escuela Naval del Perú, cuyo austero edificio se levanta orgulloso en las rumorosas playas de La Punta.

Aún recuerdo, como si fuera ayer, la primera visita que le hice. El viejo amigo que me acompaña, cultísimo cicerone, me explica con minuciosidad académica todas las actividades de esta Escuela, que había de ser, poco después, mi hogar espiritual.

Nobleza hay hasta en el exterior del edificio. Un pequeño muelle, por el que se embarcan los cadetes para hacer sus prácticas marineras en las embarcaciones de la Escuela. Entre el Edificio y el muelle, hay un mástil, el de la corbeta "Unión", reliquia histórica de la Guerra del Pacífico y que mi amigo dice, sirve de mástil de señales a los cadetes.

¡Qué impresión para mí, al ingresar al sólido edificio de dos plantas en que funciona la Escuela! El mismo recogimiento y la misma emoción del profano, que visita un lugar sagrado. ¡Y sagrada era para mí, muchacho de algo más de quince años, la fragua en que la Patria forjaba sus marinos!

¡Qué grande y qué hermoso me pareció el patio de honor en que los cadetes formaban! ¡Qué imponentes sus alegres claustros! ¡Qué gallardía y qué altivez en esos robustos muchachos, en cuyos rostros había algo de misterioso, que

entonces no comprendí, y que los hacía aparecer ante mis ojos más grandes de lo que realmente eran, y que después vine a saber era, *el argullo de su profesión!*

– "Estos muchachos, me dijo mi guía, son hijos de las mejores familias del país. Ingresan muy jóvenes a la Escuela, y ella sola se encarga de hacerlos en poco tiempo verdaderos hombres.

– Su vida es ejemplar. Trabajan toda la semana, y solo salen algunas horas del sábado y el domingo, pero solamente en contadas ocasiones duermen en casa de sus familias.

– Su naturaleza joven, sometida a severa disciplina, poco a poco se acostumbra, como el alborotado torrente que al fin encuentra el cauce por el que ha de correr eternamente, y la vida para ellos es dulce y llena de encantos, dedicada por entero al trabajo y a la ciencia.

–Seis años de Escuela dan a sus espíritus una contextura tal, que muy difícilmente podría encontrarse en jóvenes de otras academias. En ninguna otra institución como en esta, está tan arraigado el espíritu de cuerpo y el cariño por ella misma".

¡Era exactamente el concepto que yo tenía formado de esta Escuela, y con cuánto regocijo escuchaba a mi amigo!

Y el edificio respondía, en todo, al espíritu de la Institución. Era como un bello rostro, vivo reflejo de un alma hermosa. Patios, salones, gabinetes, talleres, biblioteca, campo de deportes, todo, todo, respiraba orden y limpieza. Sencillez y confort, los dormitorios y comedor; excelente y bien cuidado equipo, los gabinetes y talleres.

–"Los cadetes trabajan durante siete horas del día, me dijo mi guía, y dedican a fortalecer y robustecer el cuerpo, una hora en la mañana antes de clase y otra en la tarde, después de ellas. Su alimentación es sana y abundante. Se acuestan y se levantan temprano.

–La disciplina es severa, sin ser tiránica, y en esto estriba el secreto de su éxito. Los cadetes poco a poco se hacen a ella y al fin ellos mismos son sus paladines.

–Todo, todo en la organización de esta Escuela está hecho para desarrollar en los futuros Oficiales de la Armada, el sentimiento de honor, el espíritu de sacrificio y el amor al trabajo [...]".

Las palabras de mi guía, recuerdo, fueron cayendo en mi espíritu como saludable bálsamo, inundándolo de una dicha insospechada. Para mí, aquellos muchachos eran caballeros de una orden desaparecida. Nobles de estirpe y

de acción, instruidos, bondadosos, leales como seguramente debieron ser los caballeros medioevales. Me los imaginaba a solas en su buque, luchando con el mar y con el viento; impávidos ante el peligro, serenos y hasta desafiantes en los momentos de apremio; caballeros del mar sobre corceles de acero. Y, por poco imaginativo que fuera, ¡surgieron ante mí, en interminable caravana, los fantasmas de aquellos viejos marinos de épocas pasadas, de rostro fiero, y de mirada inmensa...!Yera, a la cabeza de todos, Nelson el noble marino inglés cuyas victorias se contaban por combates; Nelson el Grande, muriendo en Trafalgar, vértice de la trayectoria brillante de su vida, con la misma sencillez de toda su existencia: "He cumplido con mi deber y por ello alabo a Dios".Yera luego Sir Francisco Drake, valiente como pocos, audaz y osado como ninguno, luchando como pirata por su Reina, y librando, con Hawkins y Forbisher, a la orgullosa Albión de convertirse en tributaria de Felipe II.Yfue Sir Ricardo Grenville combatiendo en la "Venganza" contra cincuenta y tres buques españoles, rechazando 15 abordajes y diciendo al morir como valiente sobre la cubierta de su pobre buque: "Aquí yo, Ricardo Grenville, muero con ánimo contento y tranquilo, porque concluyo mi vida como debe hacerlo un verdadero marino: peleando por su país, por su Reina, su religión y su honor...". Yera Grau, el noble y bondadoso marino, salvando a los náufragos de la "Esmeralda".Yfueron todos y cada uno de los valientes marinos del "Huáscar", recibiendo la muerte con la sonrisa en los labios y asombrando a la Humanidad con su supremo gesto de heroísmo: Grau, Aguirre, Ferré, Palacios...

Meses más tarde, marzo del 23, era yo, junto con doce compañeros más, cadetes de la Escuela Naval del Perú.

No hubo vela de armas, ni espaldarazo, para ser armado caballero. Hubo sí un juramento de fidelidad a la Escuela ante Dios y ante la Patria. Pero, ¿había necesidad de algo más...?

Artículo reproducido del Prospecto de la Escuela Naval del Perú. 1930.